

Ayuntamiento del tiempo del Estatuto por disposicion arbitraria de la autoridad militar, á quien, sin embargo, combatian y satirizaban los moderados por medio de sus periódicos, no perdiendo ocasion de insultar y provocar á los exaltados.

El Gobierno, queriendo poner término á la situacion anómala en que Barcelona se encontraba, habia dispuesto, que cesase el estado excepcional, y que se procediese á elegir un nuevo ayuntamiento y á la reorganizacion de los disueltos batallones de la Milicia ; pero el partido retrógrado halló medios para demorar el cumplimiento de estas disposiciones, y cuando se anunció su inmediata realizacion, no siendo ya posible pasar por otro punto, entonces sobrevino el movimiento insurreccional del 4 de Mayo. No podia ser más inoportuno. El autor de *Las Bullangas de Barcelona* denomina equivocadamente *reaccionarios* á los insurgentes de aquel dia : no hay duda que, equivocándose, acertaba.

Serian las cuatro de la mañana cuando aparecieron en la plaza de San Jaime algunos grupos de hombres embozados en mantas, los cuales, sorprendiendo la guardia de las Casas Consistoriales, se apoderaron de este edificio y del palacio de la Diputacion. Engrosándose por momentos el número de los amotinados, tomaron todas las avenidas de la plaza, levantaron formidables barricadas en un extenso circuito, que al cabo de pocas horas, quedó transformado en una verdadera fortaleza. Iban acudiendo, entre tanto, los nacionales de los batallones desarmados ; pero se encontraban sin jefes por haber faltado, al parecer, los que estaban comprometidos para ponerse al frente del movimiento ; y en esta situacion tomó el mando de los sublevados D. Ramon Xaudaró, persona de poco prestigio entre ellos, y tenido por algunos en el concepto de aventurero sin principios. “Muchos se contaron perdidos, dice el autor de *Las Bullangas* ; los que deseaban coadyuvar, tambien se resfriaron, porque imaginaban que aquel hombre puesto al frente iba á perderlos.”

Xaudaró, sin embargo, se portó muy dignamente en aquellas circunstancias : sus primeras disposiciones fueron colocar una guardia en el aposento donde estaban los fondos del Comun para atender á la seguridad de los mismos, y hacer que saliese de la plaza una columna tocando generala, para recorrer los cuarteles de nacionales é incitar á estos á secundar el alzamiento. Habia entre los sublevados agentes de sus contrarios, que les hacian creer en la seguridad del triunfo ; y uno de estos agentes, el que más gritaba en la plaza de San Jaime, y el que más se movia repartiendo proclamas, salió con la columna, y persuadió á su jefe que debian dirigirse á Atarazanas en la confianza de que la guarnicion de aquel fuerte estaba dispuesta á pronunciarse.

Marchó, en efecto, la columna por la Rambla, y pasó por entre las tropas y otros cuerpos de la Milicia en ella tendidos, y seguida de un numeroso gentío dando vivas y aclamaciones. Así llegó hasta cerca de Atarazanas, donde se hallaban las autoridades, y formó en batalla en la acera de la derecha, dando frente á otra columna compuesta de nacionales y mozos de la escuadra. Nadie temia lo que sucedió. Al adelantarse el gobernador de la plaza á preguntar á los sublevados lo que querian, el agente que con ellos iba disparó al aire una pistola. En seguida se oyó la voz de *¡fuego!* y dos descargas sucesivas de los mozos de escuadra sembraron la muerte en las filas de los pronunciados, siendo víctimas de aquella alevosía algunas mujeres y niños. Gracias al cuerpo de lanceros nacionales no hubo que deplorar mayores desastres; pues habiéndoseles mandado cargar, lo hicieron con moderacion y protegiendo á los fugitivos. Estos corrieron en dispersion á reunirse en la plaza de San Jaime, contra la cual avanzaron luego las tropas y la Milicia no pronunciada.

Rotas las hostilidades, no cesó el fuego en todo aquel dia de sangre y luto para Barcelona, resistiendo con gran valor el ataque los sublevados, que no fueron vencidos: por la noche se capituló con ellos, conviniendo en que al dia siguiente saldrían con armas por la puerta de San Antonio, para marchar á combatir á la faccion. Sin embargo, al amanecer, habian desaparecido. El infeliz Xaudaró fué preso, y fusilado á las 24 horas delante de Atarazanas, despues de una simple informacion verbal. Otros sujetos fueron deportados y conducidos al castillo de Bellver en Mallorca. Desde aquel dia se recrudecieron las medidas de rigor; quedó restablecido el estado de sitio; se hicieron muchas prisiones por una simple delacion ó mera sospecha; imperó, en una palabra, la ley de la fuerza. Sin embargo, no volvió á turbarse la tranquilidad en mucho tiempo, habiendo servido estos deplorables acontecimientos para abrir los ojos á los barceloneses. El general Parreño, en una proclama publicada el dia 5, decia estas notables palabras:

“Un corto número de hombres alucinados se prestaron incautos á ejecutar planes de sedicion, *que ha concebido el carlismo, y procurado ejecutar por medio de sus agentes en esta populosa ciudad.* Promoviendo la anarquía en las ciudades fieles á nuestra inocente Reina y á la causa de la libertad, intentan abrir un camino de sangre al feroz despotismo...”

Imposible habria sido, sin embargo, la realizacion de estos planes, á no existir los elementos de discordia que dejamos indicados, y otras causas generales, capaces de producir aquellos disturbios. En las proclamas que circularon entre los insurrec-

tos el 4 de Mayo, se descubre el propósito de exacerbar las pasiones, aumentando la division de los liberales barceloneses, y procurando concitar los ánimos contra el Baron de Meer ; y al mismo tiempo se hacen varias indicaciones, que revelan un conocimiento profundo de las intrigas que á la sazón se cruzaban entre las Córtes de Madrid y de Oñate. Una de estas proclamas, dirigida *al pueblo catalan*, estaba impresa indudablemente muchos dias antes : en ella se leen estos párrafos significativos:

“Catalanes : de la sangre que riega vuestros campos, de los sacrificios que tiempo hace haceis, debió nacer la libertad y el triunfo de la Constitucion y de Isabel II; pero, si no os pronunciais con energía, los traidores hacen que el premio de vuestra lealtad sea la infame esclavitud y el cetro de hierro del rebelde Cárlos V. — Echad una mirada no solamente sobre este desgraciado suelo, sino sobre toda España: riquezas inmensas se han agotado ; pero la faccion está más que nunca en auge: millones de valientes han perecido *víctimas de traiciones encubiertas y de direcciones palaciegas* ; pero un ejército brillante y numeroso se halla reducido á la inaccion *por la misteriosa fortuna* de una fuerza rebelde que no llega en número á la cuarta parte de aquel ¹..”

...“En la capital de Cataluña, tiempo hace que una reunion de traidores ha usurpado el poder : en nombre de la ley ha vendido la libertad : el despotismo más inquisitorial reina, el liberal gime, el inocente está preso, los más valientes desarmados, los periódicos indecentemente vendidos á los inquisidores que persiguen hasta los pensamientos, y el carlismo impune y triunfante. En Barcelona, tranquilo el general, diciendo que arregla la Hacienda ², y entre tanto los facciosos no nos dejan ni hacienda ni vida..”

...“Los pérfidos enemigos de nuestros derechos os calumnian que quereis robar, que quereis anarquía ó república ó haceros independientes. Ahora ha llegado la ocasion de conyencer al mundo y arrancarles la máscara. *Constitucion con el proyecto de reforma de las Córtes. Isabel II constitucional. Soberanía nacional. Ni Estatuto, ni faccion, ni traidores.*..” —Este ha de ser el grito de todo buen catalan... ³..”

¹ En Cataluña, al menos, no era esto verdad. Las fuerzas carlistas se habian aumentado hasta unos 14,000 hombres : los liberales solo ascendian á 28,000 entre tropas de línea, francos, nacionales y partidas sueltas, debiendo cubrir la guarnicion de numerosas plazas y poblaciones importantes, lo cual reducía á menos de la mitad la fuerza disponible para el servicio de campaña.

² El general estaba en campaña hacia ocho dias, y acababa de salvar á Solsona, como hemos visto. De este pasaje inferimos que la proclama estaba ya impresa mucho antes.

³ Nada prueba tanto la anómala situacion de Barcelona, y lo impropcedente del movimiento del 4 de Mayo, como este grito

“*Catalanes, á las armas*: Esto no es una revolucion, es un pronunciamiento para sostener la ley y el trono, y vencer la traicion... Cada provincia de España haga lo mismo, y unidos todos, *quítese de la corte la semilla de la traicion*, que pierde las provincias y la Reina.”

En otra proclama, dirigida á los *Barceloneses*, se atacaba resueltamente al Baron de Meer, llamándole *el deseado de los aristócratas*, y suponiendo que no habia hecho lo que debia para salvar á Solsona. “Con meses de constancia y rios de sangre, decia, no resarciremos aun las pérdidas que los traidores nos han causado : en Solsona han engrosado la faccion con un somaten general, y varios curas y canónigos han acudido á la llamada al frente de nuevas gavillas. Al aspecto de tanto peligro, al ver derrotas y desgracias por todas partes, y confirmarse la noticia *de que D. Sebastian va á entrar á abrirse paso para Madrid*, al ser tan manifiesta la crisis de la libertad de España, los pérfidos caudillos de la sociedad liberticida... callan y no se alteran: nada les importa el triunfo de Don Cárlos... Ni una voz se oye contra la faccion. ¿ *Estarán entendidos con ella?*... ¿ Qué disposiciones se han tomado contra la faccion desde que en Enero último usurpó el poder la sociedad de serviles estatutistas? ¿ Cuándo se han cometido más tropelías y excesos que durante el mando de los que tienen siempre en la boca la ley y el orden, y en sus hechos la tiranía.”

Ya hemos visto el fruto que dieron de sí estas proclamas alarmantes, en que con tanta habilidad se barajaban los ódios locales con las protestas de honradez y las más legítimas aspiraciones de liberalismo ; los desastres del ejército con las inculpaciones á la primera autoridad militar, y con los tiros encubiertos al Gobierno y al mismo trono. Por todo comentario á estos escritos, diremos que no podian saber los exaltados barceloneses el plan de expedicion de Don Cárlos para abrirse paso hasta Madrid ; plan cuyos detalles ignoraba en aquellos momentos el jefe del ejército del Norte, no habiendo empezado á realizarse hasta el 15 de aquel mes.

III.

Con gran actividad continuó el Baron de Meer las operaciones militares contra

de guerra contra el *Estatuto*. ¿ Dónde estaba ya el Estatuto ? En aquellos momentos discutian las Córtes el proyecto de Constitucion que debia armonizar los principios y aspiraciones de los partidos liberales.

los carlistas catalanes, que no menos activos acometian audaces empresas en distintos puntos del territorio de su mando. El 12 de Mayo sorprendió Ibañez á San Quintin; pero allí acudió Aspiroz y le obligó á retirarse. Royo, con Tristany y Caballería intentaron apoderarse de Tremp; mas lo impidió el Baron batiéndoles; y al saber que Porredon tenia en grande aprieto á Vilanova de Meyá, envió al socorro de los nacionales que la defendian al coronel Clemente, que abriéndose paso con las armas, el dia 20, libró aquella poblacion de un inminente desastre, cuando ya los facciosos habian comenzado á incendiarla.

El brigadier Ayerbe daba por este tiempo una batida por las montañas de su demarcacion, y despues de atacar al enemigo en Coll de Lilla, y de arrojarle sobre otra columna que le aguardaba, le hizo retroceder hasta encontrarse con el batallon franco de Rovira, que le dispersó completamente.

Cabrera ponía sitio por cuarta vez, el mismo dia 20, á la ciudad de Gandesa, que defendieron heroicamente 400 nacionales á las órdenes de su comandante D. Cayetano Arca. La plaza se sostuvo hasta fin de mes, resistiendo y rechazando cuantos ataques y asaltos dieron los carlistas, los cuales tuvieron por último que levantar el campo y retirarse ante la division del infatigable Nogueras. Gandesa mereció por su brillante defensa el título de *muy leal y muy heroica*.

Pero el gran acontecimiento que llamaba la atencion en aquellos dias era la expedicion llamada *real*, que acababa de salir de las Provincias Vascongadas. Don Carlos, con un ejército de 12,000 infantes y 1,500 caballos, habia salido de Estella el 15 de Mayo, dirigiéndose á Cataluña por el alto Aragon. Antes de ocuparnos de este ruidoso acontecimiento, que tiene su historia secreta, debemos echar una rápida ojeada á los sucesos de la guerra en las provincias del Norte.

Cuando Espartero triunfó en Luchana, el general Sarsfield, que mandaba en Navarra, desde donde, á pesar de sus achaques, habia intentado acudir en ayuda de su compañero, propuso al Gobierno un plan de operaciones convergentes para caer sobre los carlistas y batirlos en el interior del país que dominaban, ocupar las plazas en que hasta entonces se habian considerado seguros, y dar así á la causa de Don Carlos un golpe que la desacreditase en Europa, introduciendo el terror y el desconcierto en las filas de sus defensores. La ocasion era oportuna para tomar la ofensiva, y á nadie le parecia dudoso que el pensamiento de Sarsfield tendria un éxito completo; pues desalentados los carlistas con la pérdida de sus ilusiones en Bilbao, quebrantadas y bastante desorganizadas sus fuerzas, un ataque simul-

táneo y vigoroso, dirigido al centro de sus dominios en aquellos momentos, podía dar resultados decisivos para la terminación de la guerra. Nada importaba que las huestes de Don Carlos se viesen obligadas á penetrar en las provincias del interior de la Península; pues, en el concepto de Sarsfield, allí estaba su ruina, por faltarles las simpatías y los recursos que encontraban en el país vasco: así es que solía decir, tratándose de las expediciones carlistas. — “Puentes de plata en el Ebro, siempre que quieran pasar: luego, sobre ellos.”

Aunque en Madrid no se pensaba así acerca de las expediciones, que infundían gran temor, el plan del virrey de Navarra fué acogido con entusiasmo, y se comunicó á Espartero, que, sin aprobarlo en todas sus partes, lo aceptó, y secundó lealmente su ejecución. Tardó mucho esta en realizarse por la falta de recursos, que eran muy escasos para invadir con grandes fuerzas el país enemigo; y hubo tiempo de que el proyecto se divulgase más de lo conveniente, y de que los carlistas se repusiesen de sus pasados descalabros.

En un momento convenido, Espartero debía marchar con su ejército desde Bilbao sobre Oñate; el general inglés Lacy-Evans caería desde San Sebastian sobre las líneas de Hernani, al mismo que Sarsfield avanzase por Lecumberri con todas las fuerzas de Navarra.

Para cooperar á esta empresa, se mandó ir al Norte á las divisiones de Ribero y Narvaez, que habian estado persiguiendo á la facción de Gomez en Andalucía; pero Narvaez, creyendo infundadamente que seria mal recibido por el conde de Luchana, y á causa de graves resentimientos que tenia con el general Alaix, no quiso continuar su marcha, pidió la licencia absoluta y se fué á Madrid ¹.

¹ La política de partido hizo que el Gobierno incurriese en la grave falta de conferir á Narvaez facultades superiores á su categoría militar, cuando le confió la persecución de Gomez, sujetando á sus órdenes otros brigadieres más antiguos y aun mariscales de campo: de aquí resultó que no hubiese unidad de acción en las operaciones, porque al mismo Narvaez le repugnaba imponerse á sus superiores, y estos no podían resignarse á ser mandados por un inferior. El Ministerio cometió nuevas faltas tratando inconsideradamente á Rodil y Alaix, y cuando este general tuvo que dejar el mando de su división, las tropas se insubordinaron, declarando resueltamente, y casi á la vista del enemigo, que no querían obedecer á Narvaez: algunas palabras duras de este irritaron á los oficiales, que le quisieron matar. De aquí la enemistad de los dos jefes. El joven brigadier representó á la Reina contra Alaix y su división en términos inconvenientes, y como no se le diese al punto la satisfacción que pedía, se negó á ir al Norte, y con pasaporte que le dió Ribero, marchó á Madrid.

«En la llegada de Narvaez á la capital, dice Burgos, vió el ministro de la Guerra la censura de sus contemporizaciones, y pensando que podría continuar en ellas con solo desarmar al jefe ofendido, le envió el diploma de la gran cruz de Isabel la Católica. Rehusóla él, é insistiendo sobre su licencia absoluta, el Ministro le mandó salir de Madrid en 24 horas; y como á ello se resistiera Narvaez, dando por motivo el mal estado de su salud, se le trasladó con escolta á Cuenca, para ser allí juz-

Vencidas, las dificultades, y concertado el plan de operaciones entre los tres generales, el 10 de Marzo se movió Evans sobre Hernani, sostuvo con vigor varios encuentros con el enemigo, llevando en ellos la mejor parte, hasta el 15, que, acudiendo con tropas de refresco el infante D. Sebastian, recién nombrado general en jefe del ejército carlista, derrotó al liberal en Oriamendi. Sarsfield salió de Pamplona el 11 con las fuerzas de su mando; pero combatido al día siguiente por un furioso temporal, tuvo que retroceder. Espartero emprendió la marcha el 10 por la mañana, y el 12 por la noche entró en Durango, después de sostener reñidos combates en que fué herido; fortificó y guarneció aquella plaza, y el 16 avanzó hasta Elorrió. Cuando supo la derrota de Evans, tuvo que volverse á Bilbao, ejecutando una de las retiradas más brillantes bajo los continuos fuegos del enemigo y con un temporal deshecho.

El plan en que tantas esperanzas se fundaban había fracasado; y los carlistas se envalentonaron, adquiriendo su general Zaratiegui gran preponderancia por la parte de Navarra.

Entre tanto, el Gobierno recibió avisos de que los carlistas proyectaban una incursión á Castilla con doce batallones y mil caballos al mando de Urbiztondo; y temiendo que, de realizarse, los resultados serían funestos, por hallarse desguarnecidas las provincias del interior, previno á Espartero que estuviese á la mira para impedir aquella expedición.

Dejando en Bilbao las tropas necesarias para su defensa, dispuso el Conde de Luchana reforzar el ejército de Navarra con el objeto de emprender de nuevo las operaciones combinadas, á fin de cerrar á los carlistas la comunicación con Francia, de donde recibían toda clase de recursos; dió las órdenes convenientes para que unos doce batallones con la legión portuguesa marchasen á impedir el paso de cualquier cuerpo expedicionario, y con las fuerzas restantes se trasladó por mar á San Sebastian á fines de Abril.

Este nuevo plan dió por resultado la ocupación de las líneas de Hernani, de Oyarzun, Irun y Fuenterrabía por el ejército liberal, en los días 14 á 18 de Mayo, á costa

gado por un consejo de guerra. Envió luego una circular á los periódicos, en la que, aludiendo á la manera con que en las Cortes se había explicado sobre su conducta el Ministro, decía, dejándose llevar de la pasión:

«Mintió S. E. baja y cobardemente, y condújose además como villano, queriendo deshonestar á un ausente y á un preso; pues sabría el Señor Rodríguez Vera, al saber algo propio de un caballero, que el honor del preso debe respetarse... Mintió en el Congreso nacional, y faltó á sus deberes como ministro y como caballero.»

Estos eran los primeros amargos frutos que había de dar la intrusión del militarismo en la política.

de serios combates. La necesidad de poner en buen estado de defensa estas plazas, detuvo á Espartero, que á fines del mes marchó con direccion á Navarra, proponiéndose estorbar la expedicion carlista: era ya tarde, y solo podia pensarse en perseguirla. En el puente de Andoain se trabó un sangriento y obstinado combate, donde perdió la vida el bizarro general D. Manuel Gurrea, que tanto se habia distinguido en Cataluña. Ocupado aquel pueblo á costa de mucha sangre, continuó el ejército su marcha, abriéndose paso, por decirlo así, á través de las bayonetas enemigas, y al cabo de cinco dias llegó á Pamplona, despues de haber sostenido cuatro acciones de guerra, y sufrido las mayores penalidades.

IV.

Mientras Espartero tomaba posesion de Hernani, el infante D. Sebastian, que habia concentrado sus fuerzas hácia aquel punto al verle amenazado, contramarchaba rápidamente dirigiéndose á Estella, donde le aguardaba D. Carlos con toda su corte. Allí se habia decidido repentinamente la famosa expedicion, que hacia ya mucho tiempo se proyectaba, y que por fin salió el 15 de Mayo, segun hemos indicado.

No se concibe que D. Carlos abandonase las provincias Vascongadas para lanzarse á correr aventuras por España, á no tener para ello motivos muy poderosos; tanto menos cuanto que entre sus mismos cortesanos y generales eran muy diversos los pareceres acerca de la conveniencia ó inconveniencia de estas correrías¹. En

¹ Existian profundas desavenencias y rivalidades entre los carlistas, no menos que entre los liberales, hallándose divididos en absolutistas furibundos y templados, intransigentes y transaccionistas, que disentan en los principios, en los medios y en los fines, aparte de la guerra que se hacian unos á otros por motivos puramente personales. El cuartel real y el cuartel general estaban por lo comun en oposicion entre sí. «Las expediciones, dice el ilustrado jefe de E. M. carlista D. Manuel Lassala, continuaban siendo un manantial de proyectos, y tambien la causa de imponentes desavenencias: respetables generales las reprobaban, y la experiencia venia á justificar su opinion: proteger las fuerzas de Cataluña y Aragon, y romper las líneas que cerraban las Provincias, era el plan más acertado, y esto secundado por medidas políticas necesarias; pero los visionarios de la corte clamaban con encubierta y maliciosa intencion, que no se querian expediciones para eternizar así la guerra, para dar fin con las Provincias y para evitar el triunfo completo y absoluto de D. Carlos, que se decia no era querido de algunos, y en lo que se suponía trabajaban siempre los masones, atribuyendo los malos resultados de las efectuadas expediciones, en unas á los errores de sus jefes, y en otras á la falta de sangre y exterminio, que era su único camino de victoria..... En el cuartel de D. Sebastian se manifestaban Villareal, Elío y otros cada vez más enemistados contra Moreno; y este, aunque aislado, les era superior por sus influencias con D. Carlos: así de todas partes se iban robusteciendo la desunion y los partidos, que en más adelantados tiempos habian de influir en los destinos de la causa carlista.»

efecto, D. Carlos no marchaba al acaso y á probar fortuna, por más que le cegase bastante la confianza en la adhesion de los españoles á su persona. Grandes eran, sin duda, las ilusiones que le habian hecho concebir sobre este particular, suponiendo que á su paso los pueblos se alzarían en masa para llevarle en triunfo hasta Madrid, punto objetivo de la expedicion; pero seguramente no la habria emprendido, á no creer que se le abrirían las puertas de la capital en cuanto se presentase delante de sus muros.

Don Carlos marchó de Estella en la conviccion de que no necesitaria volver á las Provincias para reinar; y esto mismo pensaban muchos de los que le seguian, aunque algunos, más avisados, y á quienes se tachaba de tibios ó poco adictos, desconfiaban de semejante presuncion. Tan seguro se consideraba el triunfo inmediato de Don Carlos, que se dió orden de acompañarle á los ministerios con todo su cargamento de papeles y engorros, así como también á la muchedumbre de empleados, eclesiásticos y seculares, algunos viejos y achacosos; y espontáneamente se unió á la expedicion gran número de gente advenediza, hombres y mujeres, que probablemente creian ir á una nueva tierra de promision. “De este modo y con tales elementos, dice oportunamente un escritor, se puso en marcha aquella muchedumbre, esperando, cual el pueblo de Israel, el maná que los habia de sustentar y la nube que los habia de conducir, y sin pensar en los enfermos, en los heridos, en los rezagados y en las demás bajas que iban á tener..”

El fundamento de tantas ilusiones y locas esperanzas era una intriga, cuyos hilos estaban principalmente en Madrid, Nápoles, París, y en la corte de D. Carlos.

Mucho tiempo antes de los sucesos de la Granja de 1836, la reina Cristina, *que nunca pensó en dar á España un régimen liberal*¹, de acuerdo con sus ministros moderados, con algunos próceres y otros personajes y militares de alta graduacion, habia hecho proposiciones de transaccion á Don Carlos, sobre la base de que el primogénito de este se casase con la princesa Isabel. Estas proposiciones fueron reproducidas últimamente, por conducto de Córdoba, cuando este general estuvo en Madrid despues de las jornadas de Arlaban, y tuvieron conocimiento de ellas el conde de Alcudia, representante de Don Carlos en Viena, el príncipe de Metternich, el Embajador de España en Paris, los Rotschild de ambas capitales, el conde de Montali-

¹ Lo prueban superabundantemente los muchos documentos emanados de esta Señora desde 1833, que hemos ido extractando, y en los que solo el optimismo de los liberales pudo ver otra cosa; pues muchas de las declaraciones hechas en ellos son demasiado explícitas y terminantes para desconocer su significacion.

vet, ministro de Luis Felipe, y otras personas. A consecuencia de esto, el general carlista Villareal habia intentado atacar y tomar á Zaragoza, obrando en combinacion con Cabrera, para que Don Carlos fijase allí su residencia, y se llegó á proponer al citado banquero de Paris que, siguiendo el ejemplo de la Reina viuda, se entendiese con el Pretendiente y le ofreciese su caja ¹.

Los acontecimientos de la Granja dieron un carácter más marcado á las negociaciones secretas. Ofendida la reina Cristina por los supuestos desacatos que ciertamente no se habian cometido contra su persona, y creyendo sin fundamento que peligraba el trono de su hija, antes que echarse de buena fe en los brazos de los liberales, que por ella estaban derramando su sangre, prefirió hacer alianza con Don Carlos. Instigada, segun parece, por la infanta Doña Luisa Carlota, y por otras personas de su intimidad, cuando el marqués de Lagrua, que pasaba en Madrid como encargado del archivo de la legacion de Nápoles, se hizo sospechoso al Ministerio Calatrava y recibió sus pasaportes, Cristina *entregó secretamente* á dicho marqués *una carta autógrafa*, en la cual, por la mediacion de su hermano y de su madre, declaraba: “que se echaria en los brazos de Don Carlos, solo con la condicion de que “el primogénito de este se casase con su hija, y que fuesen perdonadas las personas “que por ella se habian comprometido, para lo cual daria una lista.,

Llegado á Nápoles el marqués, combinóse brevemente *el plan de dirigir á Don Carlos la proposicion de Cristina*, dice un biógrafo de esta ². Su madre y su hermano, cuyas ideas se plegaban fácilmente á estos planes, mirando como suya la causa que se ponía en sus manos por una persona tan allegada y querida, y *á la cual creian ellos víctima de los furores revolucionarios*, no tardaron en dar curso á estas gestiones. Al poco tiempo presentóse ya en el cuartel de Don Carlos el baron de Milan- ges, caballerizo del duque de Burdeos, con el supuesto nombre de Mr. Neuillet, y acompañado de Mr. Meyer, cónsul de Nápoles en Burdeos y agente de Don Carlos, con la comision del rey napolitano de hacer presente á aquel *las proposiciones de la madre de Isabel II*. Poco antes de esto, Mr. Meyer habia estado en Madrid, donde conferenció con Cristina, pasando de allí á hacerlo con su cuñado.

Durante estas negociaciones, era tal la creencia en las cortes extranjeras de que Cristina se retiraba de los liberales, que Luis Felipe envió un embajador á Madrid con el encargo de no separarse de la residencia de aquella, para protegerla y á sus

¹ Comunicaciones cifradas del Conde de Alcudia de 15 y 19 de Julio de 1836.

² *Biografía de Doña María Cristina de Borbon. Galeria militar contemporánea*. Tomo I.

hijas en el caso probable de que cayeran en poder de los carlistas. A propósito de esto, Don Pedro Gomez Labrador, secretario de D. Sebastian, oficiaba desde Paris en 23 de Octubre, diciendo entre otras cosas: "Luis Felipe no ha dado á su agente en Madrid el carácter de embajador, sino con la mira de que sea más respetado, y que pueda proteger más eficazmente á la Reina viuda y ayudarle á salir de España y venir á Francia, que es el principal encargo y primera instruccion que ha llevado el embajador francés... Con relacion á la misma persona, puedo asegurar que Luis Felipe desea con vivas ansias que las tropas de S. M. (Don Carlos) se pongan en fin en movimiento, lo que bastaria para acabar con el ridículo y caduco gobierno de Madrid, y Luis Felipe se hallaria desembarazado de la pesada carga de la Cuádruple-Alianza, del gasto de un numeroso cuerpo de tropas en la frontera de España, y del temor de que el ejército francés siga el mal ejemplo dado en la Granja."

En 2 de Diciembre, reunió D. Carlos bajo su presidencia el Consejo de Estado, compuesto de los señores Obispo de Leon, Erro y Aznar, para tratar de las proposiciones presentadas por el enviado del rey de Nápoles; y eludiendo todo compromiso en lo del casamiento, se acordó contestar; "que S. M. olvidaba los pesares y disgustos que la Reina viuda le habia causado, para acordarse solo *de su situacion, de su arrepentimiento, etc.*; y que estaba *dispuesto á favorecer su evasion....* para lo cual daria las órdenes convenientes á los generales que operasen en las inmediaciones de Madrid, á fin de que la auxiliasen, acogiéndola con sus hijas y comitiva, y procurasen salvarla conduciéndola á la presencia del Rey."—Para enterar á la Reina de estas benévolas disposiciones, y saber asimismo cuales eran los medios que pudiera tener para llevar á cabo la empresa que meditaba, debia comisionarse una persona de toda confianza que fuese á Madrid, no solo á recibir instrucciones, sino tambien á comunicar las medidas que se tomasen para facilitar el proyecto ¹.

A este fin fueron comisionados los señores Milanges y Meyer, los cuales, á principios de 1837, se dirigieron por Marsella á Valencia, á cuyo punto iban recomendados por el conde de Rotová á la baronesa de Andía, y pasando luego á Madrid, se presentaron á Doña María Cristina por la mediacion del marqués de Casa-Gaviria, que les proporcionó la entrevista ².

Resultado de estas negociaciones fué la resolucion de D. Carlos de marchar con su ejército á Madrid, contribuyendo á decidirle, por una parte, los deseos mucho an-

¹ Véase la parte del Acta correspondiente á este asunto en el documento n.º 9.

² *Biografía de Doña Maria Cristina*, ya citada.

tes manifestados por sus partidarios de tentar un movimiento general al centro de la monarquía, en la confianza de que las potencias del Norte le reconocerían en cuanto firmase un decreto dentro de la capital, y por otra, el riesgo de un desastre en que le ponía Espartero con su último plan de operaciones.

Conocidos estos precedentes, sigamos á la expedición en su azarosa marcha.

V.

Sin rumbo fijo, sin dinero ni víveres, con escasas municiones emprendió su excursión el ejército expedicionario de D. Carlos, que indudablemente lo esperaba todo de la Providencia y del amor de sus vasallos: á los dos días pasaron el Arga las tropas y el numeroso acompañamiento de cortesanos, empleados, eclesiásticos y gente ordinaria; y contra el parecer del jefe de E. M. general Moreno y de otros caudillos, prevaleciendo el dictámen del bando clerical, se resolvió marchar por Aragón, Cataluña y Valencia, contando con el apoyo de las fuerzas carlistas que operaban en estas comarcas.

El día 20 de Mayo pasó el ejército el río Aragón, y D. Carlos publicó en Gallipienzo sendas alocuciones dirigidas á los *fidelísimos habitantes de Navarra, de Alava, y de Vizcaya, y á los voluntarios*, presentándose como un vencedor, que iba á recoger el fruto de su victoria, y á libertar á España del yugo de la usurpación y de la tiranía. En la primera decía, entre otras cosas, á los pueblos vascongados y navarros: “En este corto recinto, con tan débiles recursos, pero con el auxilio de Dios y de la Virgen, nuestra generalísima, habeis superado la gloria de vuestros abuelos.... “Aquí ha sucumbido la soberbia y altivez de la revolución impía; aquí ha manifestado su impotencia, y consumado su descrédito;.... aquí un escaso número de voluntarios ha hecho desaparecer, como el humo, ejércitos que contaban en sus filas la hez “de la Europa entera.... Pero la usurpación, reducida hoy á ver encerradas cobardemente sus hordas donde puedan evitar ser batidas, pugnando consigo misma entre “la confusión y las convulsiones de la muerte, desahoga su saña, multiplicando excesos y crímenes sobre los pueblos comprimidos por la violencia, y que claman á “gritos por sus libertadores. Mi paternal corazón no puede ser indiferente á sus la-